

che para mis ideas, que también son más...

—... la moral...

—¡La moral!... ¡La moral!... Tal como la entienden ellos, es la virtud de los rebaños y el solo genio de los Tartufos. Por eso mis libros no tienen moral. Ni yo tampoco... Escribo dando la espalda a esa moral, ya que está frente a frente con la Verdad a la que doy la cara...

Casi ha perdido la serenidad mi ilustre interlocutor. Pero su indignación no dura más de un instante. Y volviendo a su eterna, impasible sonrisa, en voz baja concluye:

—Es porque mis libros no son morales, por lo que son tan puros.

—¿Como escribe usted sus obras?...

Vargas Vila vuelve a acentuar su sonrisa.

—Otra desilusión, mi querido amigo... Otra vez el autor que los lectores no imaginarán al través de su obra. Soy lo que se llama un perfecto metódico y un solitario *enragé*...

—Nadie lo diría...

—¿Verdad que no?... Pues vea usted: escribo de mañana, sólo de mañana y todas las mañanas...

—¿Temprano?

—De ocho a doce y media. Luego un paseo a pie de tres horas, exactamente, que me lleva por lo común al límite de la ciudad en que me hallo. En todo el día no vuelvo a leer ni escribir una línea.

—¿Y de noche?

—Aunque le parezca exagerado, le puedo asegurar que hace quince años no salgo de mi casa por las noches. Y este hábito me seguirá en los que me queden de vida...

—¿Es usted partidario de la soledad?

—¿Partidario ha dicho?... Enamorado, adorador de la soledad. Creo que no hay visión exterior que pueda competir con la belleza de los paisajes interiores. Y, sobre todo, con la emoción de la cuartilla inmaculada sobre la cual adivinamos, vemos antes de escribirlo, nuestro pensamiento plasmado.

—Pero... y el público, ¿qué papel juega en esos sus regocijos de cenobita?...

—Ninguno, en el momento de la creación... Escribo para mí, solo para mí. Pienso y escribo. Por eso mis cuartillas no tienen nunca una corrección. Por eso a mi prosa la llaman original y muchas veces la gramática de mis páginas inspira serias dudas a los críticos académicos.

—¿Planea usted sus novelas?...

—Sí, y además no las abandono hasta concluir las.

—¿De un tirón?...

—Es la expresión, sí. Y eso sólo se puede hacer huyendo del mundo y de sus distracciones. Precisamente no ha-

ce mucho concluí un trabajo del que estoy satisfecho. Después de haber escrito cincuenta y seis volúmenes, me dediqué a escribir un prefacio para cada uno. No puede imaginarse el esfuerzo que representa recordar una por una las circunstancias en que se han escrito medio centenar de libros. Renovar paisajes antiguos que yacen desde hace años en el recuerdo; poner en el decoro los mismos árboles, los mismos arroyos, el mismo cielo que nos inspiró aquellas páginas, de treinta años ha...

Ya he sido curioso. Comienzo a ser impertinente:

—¿Recibe usted cartas de sus lectores?...

—Muchas. Especialmente de mis lectoras.

—¿Interesantes?...

—Algunas sí. Vidas enteras me han sido reveladas al través del secreto epistolar.

—¿Las contesta?

—No todas. Cuando veo que mis consejos pueden ayudar o dar alguna orientación. No todos, pero muchos de mis personajes han salido de una carta.

—¿Cree usted con Pirandello en la independencia del personaje?

— ¡Cómo no he de creer!... Esa independencia es lógica, puesto que dichos personajes no los inventamos aun cuando nos imaginamos lo contrario,

sino que los tomamos de la vida misma.

Vargas Vila es un apóstol de la verdad. Un apóstol burgués. Que un escritor no necesite renovar sus pagarés es una gran cosa, indiscutiblemente. Los mayores enemigos de la verdad en la literatura son los caseros y los proveedores. El gran escritor colombiano es rico; sus libros, aunque buenos, le han dado mucho dinero. Y ello nos da la seguridad de que las claudicaciones que no han sido no serán. De su fuerte personalidad moral emana un poder de convicción casi hipnótica. Por eso es agradable hablar con Vargas Vila, que es como leer páginas de sus libros, no publicadas.

Se siente uno elevar insensiblemente a regiones de Verdad, de Justicia. Se ama el amor y se odia el odio. Y a tanto llega la verba sugestiva del insigne colombiano, que por un momento se nos ocurren ideas de apostolado luminoso y de empresas quijotescas.

Pero estamos en alta mar. En tierra, como a bordo, también tocan una campana a la hora del alimento. Y no tenemos más remedio que esperarla. Conscientemente.

LUIS CÉSAR AMADORI

En alta mar, 1924.

(Lecturas Dominicales, Bogotá).

## Canción de Juventud

Tejamos las danzas alegres  
en torno a las mudas estatuas de mármol,  
porque es fervorosa la sangre  
que en nuestras venas golpea, cálida!

Subamos las verdes colinas,  
arde el sol tras las altas montañas:  
que al salir de su nido celeste  
en la frente nos rocen las alas  
de todas las bellas auroras!

Ahora en vendimias el alma  
derrocha sus vinos; la Hora  
se viste con peplos azules y gualda  
y gira quebrando el compás de la danza  
libre y ebria y loca de toda ventura!

Con frutos y flores llenemos  
cornucopias, con vino las ánforas;  
dejemos que todas las aves  
se lleven los trigos que guardan las arcas  
y a todos los vientos, cantando  
las rieguen y esparzan!

Que tengan los labios canciones;  
los besos, olor de manzanas.  
¡Coronemos de estrellas las sombras,  
coronemos de espumas las aguas!

Breve pase la noche y serena;  
en cada mañana,

presta el alma al combate, sonriente,  
se mida sus fuerzas con las de Atalanta!

Romeros, romeros de todo el camino,  
dejemos las tierras que ya están labradas;  
nosotros labramos la tierra divina,  
la inmensa esperanza!

Tomad, brisa errante, la flor purpurina,  
jardines de ensueño nos quedan, tomadla!  
La tierra nos busca con labios sedientos,  
alegres le damos todas nuestras aguas!

Dejemos al monstruo que duerme  
junto al mar, con las fauces en llamas;  
su impotencia nos para en las manos  
la venganza de flechas y lanzas.

Llor a las bellas doncellas,  
loor a las límpidas almas:  
loor a los verbos pujantes,  
loor a los senos que un niño amamantan!

Digamos los himnos potentes, salvajes,  
de todas las fuerzas sagradas;  
las fuerzas de todas las siembras,  
el ardor devorante en las llamas,  
la carrera en el fuerte centauro,  
la potencia en las garras del águila,  
el latir juvenil de la sangre,  
el olor de la tierra mojada,  
la tibieza amorosa en la carne,  
el rugido del león en la brama!  
¡Digamos los himnos potentes  
de todas las fuerzas sagradas!

**Lector:** Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.